

NUESTROS COLABORADORES

HACE FALTA UN CHICO

I

ERA imposible atender a todos a la vez. Continuamente y casi a la par sonaban y repiqueteaban en seguida, con insistencia alarmante, los diversos timbres que le hacían titubear en conceder su pronto auxilio; el teléfono, la puerta, el Director, los escribientes, el Secretario... Imposible, imposible atender a todo.

—¡Pero Martínez! ¿En qué piensa? ¿No oye que le llamo?

—Señor Director, es que...

—Bien, bien. Diga a Fernández que venga.

—¡Martínezzz!... Ese teléfono nos tiene locos. ¿En dónde está usted metido?

—Me llamó el Director...

—¡Este ordenanza!—decía un contable—. ¡Hombre, muy bien! Ya podía estar llama que te llama...

—Es que... me dijo...

Imposible, de todo punto imposible él solo para todo. Llegaba a su casa muerto, disgustado.

—Decididamente hablaría al Director—monologaba nuestro hombre—. Con buenas maneras se puede hacer toda clase de objeciones...

Y pensando estos razonamientos, el bueno de Martínez suspiró fuerte, ladeó la cabeza y se durmió como un bendito.

Por fortuna el Director madrugó más de lo acostumbrado, y pudo Martínez, sin apremios y muy sosegadamente, expresarse con el respeto debido. No le salió el discurso tan redondo como pensara; pues sabido es que la mayor parte de los éxitos corresponde a la atención del auditorio, y en este caso, por desgracia, el auditorio maldito si hacía caso al orador, interrumpiéndole con frecuencia:

—Acérqueme esos pliegos.

Al poco rato:

—Que no dejen de facturar esos paquetes.

Así, el propio Demóstenes hubiera fracasado ante tan correcto oyente.

Pero, en fin; la cuestión es que al acabar, el Director le miró fijamente, siguió escribiendo y volvió a mirarle para decirle:

—Eche más carbón a la chimenea. Sí, ya está bien. Pues... en efecto; de eso que me ha dicho, sí, muy bien; ya resolveré.

Y Martínez, ya tranquilo, empezó su trabajo de idas y venidas; pero contento de haber cumplido

con su conciencia de decir las cosas con buenos modos.

Antes de las dos, apresuradamente, como siempre, el Director pasó por delante del ordenanza sin dignarse contestar al saludo ceremonioso que éste había tenido a bien prodigarle. Pero ya en la escalera, le gritó:

—¡Ah, Martínez! Ponga un anuncio de eso que me dijo.

Martínez balbuceó unas palabras y puso manos a la obra, mientras decía:

—Claro; si las cosas dichas con respeto... Muy bien. ¡Ajá! Ya está.

Y en la cuarta plana de un periódico matutino apareció, en las demandas, el siguiente anuncio: «Se necesita un chico. Razón: Pardiñas, 3, oficinas.»

II

Y, en efecto, no un chico, sino veinte, treinta chicos, cien. Muchísimos, de todas clases y hechuras. Limpios, sucios; unos, respetuosos, otros, díscolos. Aquél, tímido; éste, valiente; ignorantes y sabihondos... Una nube de chiquillos para desesperación de la portera y regocijo del vecindario.

Y a más de semejante invasión, otra complementaria de madres, tutores y parientes que, en su afán egoísta, enumeraban con desprecio para los demás las excepcionales cualidades de su opositor.

El sencillo caletre de Martínez no había supuesto el éxito, y, para hacer las cosas con equidad, recurrió a un pequeño examen, con lo que después de mucho pensar y examinar concedió la plaza a Clodomiro Cantalapedra.

—Muy bien; ya está solventada la primera parte.

Y Martínez, hombre ecuánime y pulcro (moral y materialmente), quería hacer a su ayudante fiel reflejo de su proceder e inculcarle, desde el primer momento, la idea del deber y del respeto.

Clodomiro Cantalapedra era un chicuelo travieso y pelirrojo, con cuyas radicales de nombre y apellido bien pronto se hicieron las consabidas bromas oficinescas:

«Cuando miro a Clodo, la piedra canta», «y ya no hay modo de que cante Clodo, porque sin voz anda.»

Con estas canciones, y con su natural travieso, el botones fué la pesadilla de Martínez, con gran algazara de la oficina, que se sintió joven con la entrada del chiquillo.

Así pasó el tiempo. Martínez y Clodo repartíanse el trabajo, y aun les sobraba tiempo para echar

grandes parrafadas en el banco del recibimiento.

Pero... ¡Ya salió aquello! No hay paz duradera, y esta vez la avaricia arrolló toda una labor educativa y un desengaño más vino a turbar la vida del ordenanza.

Claro está que, por todos conceptos, los honorarios de Martínez habían de superar con mucho a los de su compañero inferior; pero éste no lo creyó así, y nació la discordia, y con ella todo el enjambre de malas y bajas pasiones.

Empezaron las insinuaciones malévolas; las suposiciones envueltas en el «se dice» hipócrita y rastrero. Hizo su labor los naturales defectos, agrandados por una mala voluntad, y Martínez se vió preterido y tratado con rudeza; bien pronto comprendió el «algo» que amarga el pan que se gana.

—Pa chasco. Mía éste. ¿No hago lo mismo qu'él? Pues entonces... ¿No prefieren toos que yo haga las cosas? Y eso, ¿no se paga? Claro que sí; pero al atontao de mi jefe... ¡Amos, mía tú, qu'ése mi jefe! ¡Le daba así!

III

Y Martínez, en una tarde serena y de mucho calor, hablaba con un amigo, rodeados de las acacias en flor.

—Ya lo ves. En la calle, sólo por una mala voluntad; sin haber faltado, y al abrigo de una nimia torpeza, me echaron de allí, donde, hasta la llegada de la polilla, todo había sido tranquilidad y trabajo.

—¿Estás seguro que fué obra de ese chico?

—¡Y tan seguro! Nunca se sabe nada de... nada. Somos muy poco. ¡Cómo podía figurarme que yo mismo me segaba la vida! Y es querido amigo, que Clodo en persona, con ferocidad increíble, me confesó su victoria.

—Se acabó el jefe. No había razón, puesto que el trabajo iguala.

—¿Y la edad también iguala?—le contesté.

Titubeó breves momentos, engalló la cabeza, y su cuerpo erguido me abochornó con estas palabras:

—¡La edad! El anuncio pedía un chico; pero salió ganando la casa, porque bien he demostrado que soy un hombre.

—Y en efecto: la demostración ha sido tan perfecta, que ya me ves. Ya no hay chicos, querido amigo; porque desgraciada y fatalmente, a partir de este siglo, todos serán hombres.

FÉLIX PICHARD.

UN PINTOR DE CANTARES

ROMERO DE TORRES

ROMERO de Torres derrama por sus pinceles el alma de Andalucía. Sí, él encarna el alma triste de Andalucía, con todos sus tintes melancólicos y sus matices delicados. De la otra Andalucía. Porque hay dos Andalucías, o Andalucía tiene dos aspectos. Ya lo dijo Marquina. El uno, más conocido: sol, alegría, claveles, pasodoble; el otro, delicado, sentimental, ramos de violetas... Cristo de los Dolores. Esta última es la Andalucía de Romero de Torres y también la de Manuel Machado. Manuel escribe cantares; Julio los pinta. En el fondo son muy semejantes estos dos artistas. Manuel Machado ha escrito: «Quien dice cantares dice Andalucía; cantares... no tiene más notas la guitarra mía»; y también que «en ellos el alma del alma se vierte». Julio Romero de Torres ha pintado «La Carcelera» y «La Saeta», que estremecen de emoción.

Los ojos de las mujeres que pinta Romero—ojos tristes—no se pueden mirar fijamente: negros, negros turbadores; hondos, llenos de nostalgia y de espiritualidad, dejan asomar el alma... Esto es, el alma de Andalucía.

En los ojos de las morenas mujeres que crea

Romero de Torres hay una poesía infinita, un algo de feminidad delicada, bien apreciable hoy, época de mecanógrafas y empleadas.

La mujer, la adorable mujer, enamorada, sentimental, sufridora, triste, dulce. Esta es la mujer que interpreta Romero de Torres; la mujer andaluza atada al paisaje—que es su paisaje—, amante del crepúsculo y de las hogueras de San Juan; prendada del símbolo, de la copla que le cantan, y de la puñalada que se da por ella, enferma incurable del mal de amores—amores quiméricos, que nunca son completamente satisfechos—y nostalgia; mirando cómo el crepúsculo va robando al campo infinito su color de emparrado, y el sol poniente, vertiendo en el cielo raudales de manzanilla, que tal parecen los dorados rayos de luz.

La mujer mira al paisaje, y a medida que huye el día se va haciendo más negra la negra noche de sus ojos de misterio; de sus ojos que lo dicen todo, que todo lo expresan, que todo lo sienten.

En estas mujeres sensuales, morenas como el sol, calladas y soñadoras, ¿no adivináis a la heroína de la copla? ¿No es la realidad de la copla misma? De la copla desnuda de galas: sencilla, sentida; a veces incorrecta de forma, pero siempre expresiva, apasionada, candente; todo símbolo, todo alma. Porque las mujeres que pinta Romero de Torres son todo alma: alma en los ojos y en los labios...

Para que sea más completa la expresión de recogimiento, sus trajes, admirablemente plegados, son de una sencillez suprema y majestuosa, sin estridencias de color ni de forma, estridencia que tampoco tiene el campo dilatado, de un color alguna vez irreal, pero bello, como cosa soñada que es, o vista en instantes de revelación. Y es que todo está hecho para que hablen los ojos... Y los ojos hablan...

Romero de Torres prefiere que las escenas de sus cuadros sean al aire libre, y, aun mejor, en pleno campo, en el maravilloso campo dorado que se pierde en la lejanía: campo en crepúsculo, propio para ser mirado en las tardes apacibles por las mujeres morenas y soñadoras.

Romero de Torres prefiere que las escenas de sus cuadros sean al aire libre, porque son coplas que necesitan volar, y que nunca podrán encerrarse, porque representan el alma andaluza, ansiosa de libertad y de aire, y Romero de Torres encarna y glorifica el alma andaluza.

Este Romero de Torres, que vuelve triunfante de América, es un artista grandioso. Tiene, ante todo, el mérito, que sólo el genio alcanza, de ser original, de crear un estilo, que tal vez muera con el fundador, y esto sólo lo puede conseguir un Greco, un Rubens, un Goya o un Romero de Torres.

FRANCISCO AYALA.